

1846

22/10
22/10

:: EL BACHILLER ::
::: KATACLÁ :::

:: **Nuevos** ::

Epigramas

1909



UETES Y BELLO, IMPRESORES
CAÑIZARES, 18, MADRID



NO SE PRESTA

BIBLIOTECA CENTRAL DE LA RIOJA



10000205852

MDS 008618

T=74676

C.205.852

R

9441

NUEVOS EPIGRAMAS



Para el Instituto
General y Técnico
de Leyes

Regalo de

D. Arto

20 agosto 9/10

Arto

NUEVOS
EPIGRAMAS

DE

El Bachiller Kataclá

(Don Pedro Font.)



MADRID

ARAHUETES Y BELLO, IMPRESORES

Atocha, 49 - Cañizares, 18

1909

Es propiedad del autor
para todos los efectos de la Ley.



Sunt quædam mediocria;
sunt mala plura.

I

Se pone á azotes perdida
la hermosa doña Pilar;
pues con tal modo de obrar,
piensa ganar la otra vida.

Y es tan grande su fervor
y el deseo de salvarse,
que cuando llega el dolor
á impedirle á ella azotarse,
le atiza su confesor.

II

«Usted no tiene más que una
calenturilla ligera»,
á la enferma Baldomera,
le dijo el doctor Laguna.

Y fué ligera, en verdad;
tan ligera, como que
aquel mismo día fué
la enferma á la eternidad.

III

Mientras mi amigo Sarmiento guardó silencio profundo y á todos escuchó atento, el hombre pasó en el mundo por tener mucho talento.

Mas quiso su suerte impía que en un asunto muy grave su parecer diera un día, y desde entonces se sabe que es una caballería...

IV

Al ir á poner un par
de banderillas á un toro,
el banderillero «El Moro»
en las fiestas del Pilar,
le pegó el toro, al quebrar,
un varetazo tan fuerte,
que el hombre se quedó inerte;
mas, después que en sí volvió,
un baturro le gritó:
—¡Maño, repita esa suerte!

V

En un pueblo de Granada
me dijo el tonto Simón,
que él, sólo con la mirada,
á su esposa Encarnación
la ponía embarazada.

Y al ver que yo me reía,
llamó, para confirmar
su aserto, al padre García,
que es párroco del lugar
y vive en su compañía.

VI

Con la cesta en la sangría
iba por la calle Rosa,
la gitana más graciosa
que salió de Andalucía.

Y al verla tan recompuesta
y airoso, le dijo Amós:
—Tienes la gracia de Dios,
cañí, llevando la cesta.

VII

Aunque está enfermo Cenón
de una doble pulmonía,
esta mañana decía
que no tenía aprensión.

Y es cierta su afirmación;
pues aunque su esposa Inés
da cada día un traspiés,
jamás se lo ha reprochado;
con lo cual queda probado
lo poco aprensivo que es.

VIII

Queriendo excitarme Rosa,
hizo que, como al descuido,
le viera yo cierta cosa,
que bien pudiera ser nido
de alguna lucha amorosa.

Y yo, al verle la intención,
le dije: ¡Por compasión,
que me excites más te ruego,
que tú te encargarás luego
de calmar mi excitación!

IX

El alcalde Blas Coello
de una muchacha abusó,
y el pueblo se amotinó
al saber tal atropello.

Mas el hombre, á grito en cuello,
decía á los del lugar:

«Pues si no puedo llevar
yo á cabo una tropelía,
decidme, ¡por vida mía!,
¿de qué me sirve el mandar?»

X

Antes, decía Rufina,
al revolver una esquina
le salía á una un torero,
ó un título, ó un banquero,
y aquel hombre era una mina.

Hoy la cosa es diferente;
hoy te sale algún Juan Lanas,
ó algún *chulapo* indecente,
que te come lo que ganas
con el sudor de tu frente.

XI

Dice doña Soledad
que los morenos han sido
siempre su debilidad;
así que tiene un marido,
que es moreno, de verdad.

Lo cual no impide que á Andrés,
que es rubio como un inglés
y está de millones lleno,
cuatro ó seis veces al mes
también crea que es moreno.

XII

Con el clérigo Mardura
se escapó doña Constancia,
y en medio de su amargura,
el marido escribió al cura:
¡No te arriendo la ganancia!

XIII

Explicaba teología
un fraile de mucha fama;
y el seminarista Aldama,
que á oír al fraile acudia,
«No entendí — le dijo un día
el misterio que explicó»;
y el teólogo que escuchó
objeción tan imprevista,
contestó al seminarista:
— ¡Pues menos lo entiendo yo!

XIV

He hecho yo la observación
desde tiempo inmemorial,
que el que come poco y mal
tiene poca religión.

En cambio el santo varón
que á mandíbula batiente
engulle constantemente
cuanto su abdomen desea,
ese es natural que sea
un verdadero creyente.

XV

Con dos hermanas muy bellas
mi amigo Amós siempre va,
y el mundo opina que está
prendado de alguna de ellas.

Mas yo, que conozco á Amós,
aseguro, ¡vive Dios!,
que el que tal dice le ofende;
porque Amós solo pretende
ser cuñado de las dos.

XVI

«¡Tú no sabes apreciar
lo que vale tu mujer!»,
decía á Paco Ferrer
su esposa doña Pilar.

Y Ferrer, que está abrasado
al ver con qué poco acierto
se casó, contestó airado:
«¡Ojalá me hubiese muerto,
antes de haberme casado!»

XVII

Baltasar tiene una esposa
tan activa como hermosa,
la cual no se da reposo
por ver si encuentra á su esposo
una ocupación honrosa.

Y al no poderla encontrar,
dice, levantando el grito,
la mujer de Baltasar:
¡Señores, ya ningún pito
me queda á mí que tocar!

XVIII

Con mi primera mujer
llevé una vida azarosa;
enviudé, y tomé otra esposa
que aún me hizo más padecer.

Viudo otra vez, vuelvo á ver
si mi suerte empedernida
cambia, y encuentro en la vida
una dulce compañera;
porque hoy tomo la tercera,
y á las tres... va la vencida.

XIX

¡Mucha casaca dorada
y mucho galón dorado;
mucho sombrero emplumado
y mucha mano enguantada!

¡Mucha medalla colgada
y cintajos á montones;
muchas condecoraciones
guarnecidas de brillantes,
y tres bandas coruscantes!
—¿Y de inteligencia...? ¡Nones!

XX

Llamaron tonto á Garijo
porque se casó con una
mujer guapa y con fortuna,
mas soltera y con un hijo.

Y cuentan que el hombre dijo
al oír tal parecer:

«Yo muy tonto podré ser,
pero por mi desenfado
me encuentro rico y casado
con una hermosa mujer.»

XXI

Cuando haces versos, abusas
del ripio, y salen perversos;
aquellos, más que hacer versos,
es orinarse en las Musas.

Ahora, cuando tus primores
publicas en prosa sólo,
entonces, al mismo Apolo
lo cubres... de aguas mayores.

XXII

Cuando el ochentón Gaspar
dice que á su esposa Pía
la vigila sin cesar,
murmura el padre García:
¡No tienes mal vigilar!

XXIII

Tengo un vecino que toca
el figle, por afición,
y su 'esposa Encarnación,
de oirle, se ha vuelto loca.

Y no es lo malo, en verdad,
que enloquezca á su mujer,
sino que llevo á creer
que á toda la vecindad
nos va el hombre á enloquecer.

XXIV

*Ante el retrato de un gobernador de provincia
expuesto en una galería fotográfica.*

Poncio es este buen señor
que aquí se ve retratado;
con lo cual queda probado
que hoy se hace un gobernador
de cualquier canto rodado.

XXV

Dice doña Casimira
que seis veces se casó
y que las seis enviudó,
mas yo creo que es mentira.

Pues aunque mucho suspira
y lanza ayes aflictivos
como dardos expresivos
de recuerdos amorosos,
creo yo que sus esposos
están todos ellos vivos.

XXVI

Dice un refrán musulmán
que «el silencio es oro», y Juan
que se está callado al ver
los líos de su mujer,
confirma dicho refrán.

XXVII

El uno fué concejal,
y salió sin dos pesetas;
y el otro, con cargo igual,
de su gestión al final
miró sus arcas repletas.

Con lo cual queda probado
este aforismo sencillo:
Que hay concejal que es honrado
y hay concejal que es un pillo,
pero un pillo redomado.

XXVIII

Siempre el hombre pretendiendo
y la mujer rechazando;
siempre aquél solicitando
y la mujer no accediendo.

Siempre el hombre acometiendo
y esquivando la mujer;
siempre él buscando el placer
y ella haciéndose rogar

.....

(al fin se llegan á aunar
uno y otro parecer.)

XXIX

Queriendo un conejo entrar
de matute, Encarnación,
á guisa de *polisón*
lo colocó en su lugar.

El vigilante Gaspar
vió el fraude, y el muy *gatera*,
al pasar la matutera
le dijo con guasa fina:
¡Mucho cuidado, vecina,
no se entre en la madriguera!

XXX

Juan un beso pidió á Juana,
y Juana se lo negó;
Juan otra vez insistió,
y Juana á dar no se allana.

Recarga Juan con más gana
pidiendo por vez tercera,
mas Juana, que no se altera,
dice á Juan: Cesa en tu ruego,
que el besar no es hacer fuego,
pero es preparar la hoguera.

XXXI

—¡No me persiga usted más,
y déjeme usted tranquila;
mire usted que me horripila
el verle siempre detrás!

¡No se habrá visto jamás
hombre más impertinente
que usted, sin tener presente
que yo soy mujer honrada,
y que además, ¡soy casada!
—¡Pues vaya un inconveniente!

XXXII

Casó Teresa Perojo
con Luis del Ojo y Gamir,
y hoy le da cierto sonrojo
cuando tiene que decir:
¡Soy la señora del Ojo!

XXXIII

Siempre que va á ver Alday
á la viudita Conrada,
la encuentra recién peinada,
y ¡vea usted qué caray!

No hace más que terminar
el buen Alday su visita,
y ya la hermosa viudita
se está volviendo á peinar.

XXXIV

Según doctos pareceres,
ya no admite discusión
que hay para cada varón,
en el mundo, tres mujeres.

Leyó esto el padre Garrido
y exclamó así: ¡Vive Dios!
¡Pues yo tengo sólo dos
y me hallo muy bien servido!

XXXV

Fué una gitana á parar
de cierta aldea al mesón,
y anunció á voz de pregón
que hacía resucitar.

Acababa de expirar
aquella noche una anciana,
y la hija, por la gitana
fué; mas cuando la vió el yerno
le dijo: ¡En mi casa, cuerno,
no se enmienda á Dios la plana!

XXXVI

Vive la hermosa Teodora
con seis pesetas que gana
de jornal, cada semana,
lo mismo que una señora.

Así que la vecindad
cuenta de Teodora horrores;
¡y todavía, señores,
no cuenta ni la mitad!

XXXVII

Da el Jefe de la estación
orden de que parta el tren,
y un mozo da en el andén
tres golpes á un esquilón.

Se oye luego el brusco són
de un cuerno; suena en seguida
un pito; ya la partida
parece al fin que ha llegado,
y el tren... parado... y parado...
sin dar *señales de vida*.

XXXVIII

La niña tres lustros tiene
y la mamá de diez pasa;
se llama ésta D.^a Blasa,
y aquélla se llama Irene.

A su casa sólo viene
por las noches de visita,
el Conde de Piedrahita,
hombre ya de cierta edad;

.....
Se dice en la vecindad
que éste es el que da la *guita*.

XXXIX

Para mi gusto no hay nada
como la mujer morena;
por más que una rubia buena,
también, señores, me agrada.

Por la blanca y colorada
siento cierta inclinación,
y hasta me inspira pasión
la negra prieta y obscura;

.....

¡Y aún dicen que para cura
me falta la vocación!

XL

Mientras fué joven Teresa
se dedicó á hacer favores;
y ahora, que la edad le pesa,
va ofreciendo á los señores
cigarrillos con sorpresa.

XLI

Al ver á Muro salir
de casa de doña Rosa,
que es una vieja asquerosa
que da mucho qué decir,
le dije á todo reir,
como quien lanza un conjuro:
¡Estás loco, amigo Muro,
al visitar tú esa casa!
Y él me contestó con guasa:
¡A buen hambre, no hay pan duro!

XLII

Qué idea tendrán del Ser
Supremo algunos cuitados,
que nos quieren hacer creer
que su misión es tener
cuenta de nuestros pecados.

Como si á la Providencia
le importara alguna cosa
que hagan alguna indecencia
don Calixto con la Rosa,
ó Blas con doña Inocencia.

XLIII

Tan sordo es don Inocente
que no sabe lo que es ruido;
sin embargo, tanto siente
ser tan sordo, que á la gente
dice que es tardo de oido.

Ayer tarde simulé
pegar un grito á su lado,
y el hombre creyendo que
grité, me dijo enfadado:
¡No me escandalice usted!

MDS
8618

19

NUEVOS EPIGRAMAS

BIBLIOTECA CENTRAL DE LA RIOJA



10000205852

MDS 008618

XLIV

Pretender pasar por sabio
sin saber nada de nada,
lo encuentro yo una gansada
propia de ti, amigo Fabio.

No es esto inferirte agravio,
—que no ofende la verdad;—
mas, si por casualidad,
me encargan de hacer á mí
tu epitafio, pondré: «Aquí
descansa una nulidad».

XLV

El asmático Vicente,
que pasaba de setenta,
obró poco cueradamente
casándose con Vicenta,
que apenas tenía veinte.

Así fué, que le pasó
lo que pasarle debía;
y fué, que si hoy se casó,
al otro día murió,
y se enterró al otro día.

XLVI

Tan risueña eres, Librada,
que siempre riendo estás;
en ti la vida no es más
que una eterna carcajada.

Mas después de reir tanto
y de reir tan de prisa,
¡quiera Dios que tanta risa
no acabe en amargo llanto!

XLVII

Dicen de doña Pilar,
porque al hablar con la gente
usa un lenguaje indecente,
que es graciosa en el hablar.
Mas yo, en vez de hallarle en nada
gracia, la encuentro muy sosa;
que una cosa es ser graciosa,
y otra es el ser mal hablada.

XLVIII

A nadie le ha sucedido
lo que al senador Pulido:
que habló en la Cámara un día,
y de tan mal que lo hacía
se quedó el hombre dormido.

IL

La sobrina de Gimeno
ingresó en el hospital,
llevando la pobre un mal
que tiene poco de bueno.

Y al decirle el doctor Vera
¿cómo iba de tal manera?,
la joven, con desparpajo
le contestó: que aquello era
«accidentes del trabajo».

L

Se nombra una comisión
para que estudie el asunto,
pues es asunto que al punto
hay que darle solución.

Comienza la discusión
de la comisión nombrada,
y tras una acalorada
y constante tremolina,
la comisión *dictamina...*
que no se resuelva nada.

LI

¡Yo vengo al Ayuntamiento
para hacer economías!,
dijo el concejal Matías
en un discurso violento.

Y no se las llevó el viento
las palabras que soltó;
porque, aunque hace que dejó
tiempo ha, de ser concejal,
hoy tiene un buen capital...
¡con lo que economizó!

LII

Pura, que es muchacha hermosa,
á servir á un cura entró,
y el pueblo entero notó
al poco tiempo una cosa;
y es la siguiente: que á Pura,
que es menos lista que guapa,
con frecuencia se le escapa
tratar de tú al señor cura.

LIII

Blas, en el piano tocó una obra admirablemente, y el público inteligente ¡que la repita! gritó.

La mujer de Blas, que oyó la repetición pedir, puesta en pie, hubo de decir con tono muy desabrido: ¡Señores, que á mi marido no le gusta repetir!

LIV

¡Siempre de compras, Librada!,
¡siempre en las tiendas metida!,
¡siempre tan desocupada!,
que ir de compras es tu vida,
por más que no compres nada.

Y ante ese eterno vagar,
te juro, por Belcebú,
que he llegado á sospechar,
que tú sales á comprar
por ver si te vendes tú.

LV

«¡Ya me canso de pagar las cuentas de tu modista!», dijo Gaspar el rentista á su consorte Pilar.

—Pues no te enfades, Gaspar, —contestó la esposa, grave;— porque si tan mal te sabe pagarlas, amigo mío, yo con sólo decir «pío» encuentro quien me las pague.

LVI

«El sol sale para todos»,
puso en su tienda Javier;
y luego hubo de poner
debajo, un tal Pasalodos:
Sol se llama su mujer.

LVII

Pedí un beso á Bienvenida
y me lo dió de seguida,
diciéndome: ¡Caballero,
este es el beso primero
que doy á un hombre en mi vida.

Y aunque vi bien claro que era
una solemne embustera,
callé, por puro egoísmo;
que todas dicen lo mismo
cuando besan á cualquiera.

LVII

Quebró don Justo el banquero,
y su quiebra me arruinó;
y al pensarlo, considero,
que aunque él es el que quebró,
yo soy quien lleva el braguero.

LIX

¡Qué bien formada está usted!,
dijo á su criada, Abdón;
y ella, por contestación,
dió media vuelta y se fué.

De allí á poco me marché
de la casa, y al instante
que me fui, de mal talante,
le dijo á Abdón la criada:
¡No me diga usted á mí nada
cuando haya gente delante!

LX

Cuando se va mi doncella
Luisa, se queda encargada
Blasa, que es una criada,
de hacer las veces de aquélla.

Y es Blasa tan ocurrente,
que hablándome íntimamente
hoy; me decía con guasa:
«A mí me tiene usted en casa
de doncella intermitente».

LXI

¿Por qué te quejas de ser
cornudo, amigo Verdejo,
siendo tú achacoso y viejo
y hermosísima tu mujer?

¿No podías comprender
que al casarte, viejo inmundo,
corrías riesgo profundo
de recibir tal castigo?

¡Pero, ¡ay!, consuélate, amigo,
que no estás solo en el mundo!

LXII

Casó Librada con Juan,
y al medio año de casada
dió á luz un chico Librada,
robusto como un gañán.

¡Qué raro es, ¡voto á Satán!
—Juan decía algo escamado—,
que en medio año haya engordado
el chico de esta manera!
Y contestó la partera:
¡Es que ha venido algo hinchado!

LXIII

¡Bien que luches, bella Irene,
porque es la lucha el encanto
que en la vida nos mantiene;
pero, hija, que luches tanto,
creo que no te conviene!

Que aunque vivir es luchar,
y sin lucha no hay virtud,
tus luchas, á no dudar,
dinero te podrán dar,
pero honra no, ni salud.

LXIV

 Escribió un drama Javier
y se estrenó en un teatro;
mas no llegaron á cuatro
los que lo fueron á ver.

 «¡Que acuda gente he de hacer!
—dijo furioso el autor,—
y para eso es lo mejor
que sea gratis la entrada.
Se hizo así, y á la velada
no fué ni un espectador.

LXV

Toda tu vida, Pilar,
te estoy oyendo decir:
que eres tú para pedir
lo mismo que para dar.

Mas yo llego á sospechar
—y la sospecha es fundada—
que eres una desahogada
que das, como á mí me has dado,
un sablazo al más pintado,
y luego tú no das nada.

LXVI

Por civiles custodiado
el reo á la cárcel va,
y cuando la orden se da
se constituye el Jurado.

Habla el fiscal y el letrado
y resume el presidente,
y un veredicto indulgente
al reo á presidio envía;

.....
(¡y un cacique, al otro día,
da el indulto al delincuente!)

LXVII

«Según dijo no sé quién,
el hombre es un animal
con instinto tan brutal,
que cuando se encuentra bien,
trata de ponerse mal.»

(Así decía un letrado
que estaba desesperado
á su amigo don Cenón,
en un rato de expansión,
al mes de haberse casado.)

LXVIII

Cogió á su esposa, Conrado,
en adulterio flagrante,
y el hombre marchó al instante
á darle parte al Juzgado.

El juez estaba ocupado
en redactar un escrito,
y sin fijarse el maldito
dijo á Conrado: Y ¿por qué
no viene en la mano usté
con el cuerpo del delito?

LXIX

Al hombre más animal
que hay en la naturaleza,
al que tiene la cabeza
más dura que el pedernal.

Al que escribe poco y mal,
y no sabe de corrido
leer, y siempre ha creído
que el meridiano es un ente,
á ese le llama la gente
¡periodista distinguido!

LXX

Lo mismo muere un pastor
que el más noble caballero;
lo mismo muere un obrero
que muere un emperador.

Lo mismo muere, señor,
un hombre viejo que un chico,
y lo mismo muere un rico
que el que no tiene un ochavo;
que todos, al fin y al cabo,
tenemos que hincar el pico.

LXXI

Compróle un cura á un gitano
un perro de caza un día,
creyendo el hombre que hacía
un negocio soberano.

Por la tarde, el cura, ufano
fué á cazar, y entre otras cosas
que vió en el perro asombrosas,
fué, que de puro cobarde,
no hizo más toda la tarde
que perseguir mariposas.

LXXII

o Dijo mi amigo Orodea
en un discurso exaltado
que pronunció en la Asamblea,
que él, todo el que está á su lado
quiere que muy libre sea.

Y confirman la aserción
sus hijas y su mujer;
porque, según la opinión
de toda la población,
más libres no pueden ser.

LXXIII

De modo bien desigual
dá solución Baldomero
al gran problema social,
cuando se halla con dinero,
que cuando no tiene un real.

Pues cuando está en posición,
predica moderación
y el ruido le vuelve loco;
cuando no tiene un botón,
volar el planeta es poco.

LXXIV

Me pidió anoche un señor
informes de ti, Leonor,
y no se los quise dar;
(¡ya ves cómo con callar
se puede hacer un favor!)

LXXV

De la cuñada de Pablo
me dijo anoche Villodas,
que es mujer que entra con todas
como romana del diablo.

Y yo, con muy buenos modos
añadí: Tienes razón;
cuando esa tiene ocasión,
con todas entra... y con todos.

LXXVI

El vecindario asegura
que á ver á la Sebastiana
no sólo va el padre Arana
y algún otro señor cura,
sino que además, procura
—y hace bien á lo que infiero—
vaya todo caballero,
que además de ser decente
y reservado y prudente,
le duela poco el dinero.

LXXVII

Reprendí yo á una soltera
porque á los bordes echó
un hijo, y me contestó
la moza de esta manera:

Si crío á mi hijo, señor,
mi deshonra es evidente;
si lo arrojo, ante la gente
paso por mujer de honor.

LXXVIII

Del literato Belzúz
opina unánimemente
el público inteligente,
que es un solemne avestrúz.

Mas yo, que de él he leído
todo cuanto ha publicado,
sé que al ser así juzgado...
¡aún sale favorecido!

LXXIX

Aunque á impulsos del favor
llegues á ser concejal,
diputado provincial,
alcalde ó gobernador.

Aunque obtengas, Filidor,
un acta de diputado
á Cortes, ó en el Senado,
al fin, con tus huesos dés,
dondequiera que tú estés
allí habrá un adocenado.

LXXX

Cree que pasa por gracioso
Bruno, cuando se emborracha;
y el pueblo, siempre juicioso,
opina de él que es un soso
falto de seso y de *lacha*.

LXXXI

«Yo he toreado—decía
en un corro un novillero—
en Santander, en Fitero,
en Pamplona y en Gandía,
en toda la Andalucía
y hasta en Nimes y en *Bordó*;
y una chula que le oyó,
que está más blanda que un higo,
le contestó: ¡Pues, amigo,
más he toreado yo!

LXXXII

Juan se la pega á su Inés,
é Inés se la pega á Juan:
y así los esposos van
pegando á dúo traspiés.

Le hace andar en cuatro pies
á él, la chula Trinidad;
y ella se da á liviandad
con su lacayo Facundo;
y así, señores, va el mundo,
y así está la sociedad.

LXXXIII

«A mí me gusta pagar
siempre en la misma moneda»,
así dijo á Paco Rueda
su prometida Pilar.

Y Rueda, que á no dudar
es un guasón muy torcido,
como el que se cae de un nido
le hubo así de responder:
¡Pues mucho te has de mover
en siendo yo tu marido!

LXXXIV

Se dobló el rey; y Alvarado
que al rey se jugaba un duro,
exclamó: ¡Se me ha doblado!;
y el banquero Pepe Muro
le contestó: ¡Desgraciado!

LXXXV

Sólo una vez mensualmente
obra doña Encarnación,
porque es su constitución
terriblemente astringente.

Así que, cuando algún día
el abdomen se le enfría
y obra una vez por semana,
se queja la pobre anciana
de tener disentería.

LXXXVI

Sin dotes para escribir,
por escribir te desvives;
y si alguna vez consigues
á la gente hacer reir,
sólo es por lo mal que escribes.

LXXXVII

Tan vergonzosa es mi dama,
que quiere el bien de mi vida,
que por mitad dividida
tengamos la mutua cama.

Y yo, por tal nimiedad,
no quiero darle un disgusto,
y accedo á su voluntad;
que á dos en la cama, á gusto,
les sobra con la mitad.

LXXXVIII

Mordió un perro ferozmente
en el trasero á una chula;
y ésta, que es como una mula,
soltó una frase indecente.

Rióse del accidente,
uno que lo presenció,
y la chula, al que rió,
le dijo de esta manera:
¡Pues como á usted le mordiera
donde le dijera yo!...

LXXXIX

Anoche murió Mainar,
y á su esposa Baldomera
ni una lágrima siquiera
por él le vi derramar.

Tanto me hubo de chocar
su tranquilidad, que al punto
me acerco á ella y le pregunto:
¿cómo no lloras, mujer?
y me acierta á responder:
¡por no afligir al difunto!

XC

Todo cuanto quiso ser
logró ser don Inocente,
menos persona decente,
que ahí no llegó su poder.

XCI

Dice un refrán castellano
que «el que la sigue la mata»;
mas yo siguiendo á Torcuata
me pasé todo un verano.

Y al final de la partida,
sucedió á Torcuata que
no sólo no la maté,
sino que le di mi vida.

XCII

Aprende á pedir, María,
antes de aprender á dar,
porque tal modo de obrar
es el que se estila hoy día.

Y si haces lo que te indico,
menos mal lo irás pasando,
porque sinó, sólo dando,
no hay nadie que se haga rico.

XCIII

De mí dice mucha gente
que soy un mal pagador;
mas yo juro por mi honor,
que aquel que tal diga miente.

Que está mal calificado
de mal pagador, pardiez,
el que cual yo, ni una vez...
al que ha debido ha pagado.

XCIV

En mi vida me he explicado
que siendo tan linda Pura,
el meterse ama de cura
fuese su sueño dorado.

Hasta que en cierta ocasión,
censurándole quedito
yo á Pura su vocación,
me dió esta contestación:
«De gustos no hay nada escrito».

XCV

¡Si será bruto Gaspar,
que anoche me aseguraba
que en todo tiempo y lugar,
él jamás se despertaba
hasta después de almorzar!

XCVI

Un marido, cierto día
en público alardeaba
de que su mujer le amaba
más de lo que él merecía.

No habrá en el mundo, decía,
ser más querido que yo;
y cuando en su casa entró
y se halló un fraile escondido,
quedó el hombre convencido
del error en que vivió.

XCVII

Cuando tomé de criada
á Irene, así me decía
su madre: Esta hija mía,
está á la antigua educada,
y no es de las de *hoy en día*.

Y al ver hoy yo que se aviene
á hacer cositas Irene
que no las harían tres,
digo que del día no es,
sino... del siglo que viene.

XCVIII

A un gitano muy ladrón
que se hallaba en la agonía,
otro gitano guasón
de la misma profesión,
de esta suerte le decía:

*¡Muere con tranquiliá,
que no habrá en er mundo quien
ponga en dúa ¡camará!
que á ti, por hombre e bien,
te habrán e canonisá!*

IC

«Yo seis veces me casé,
dijo doña Baldomera,
y en el acto que yo quiera
otra vez me casaré».

Y al oirla Navaridas,
dijo haciendo una guiñada:
¡Es verdad que fué casada
seis veces... y bien corridas!

C

Un enfermo de impotencia
llegó á casa de un doctor,
buscando el pobre señor
un remedio á su dolencia.

Con los medios que la ciencia
al doctor le sugirió,
nada el enfermo ganó;
mas le ocurrió una mañana
darle á oler una sotana,
y en el acto lo curó.

CI

Que el mundo conoce bien
me dijo ayer Bienvenida,
que es mujer que á quien la envida
siempre le contesta «amén».

Y yo, por no armar querella,
guardé silencio profundo,
y no le dije que el mundo
es quien la conoce á ella.

CII

Inés de excitarme trata
siempre que tiene ocasión,
y al verme en tal situación,
de risa se desbarata.

Mas, cuando la risa á Inés
le pasa, recapacita
que obligación suya es,
al hombre á quien ella excita,
tranquilizarlo después.

CIII

Yo soy un hombre prudente
y honrado á carta cabal;
para todos servicial,
y con todos deferente.

Tan correcto y continente,
que no he tenido en mi vida
trato con mujer perdida,
ni sé lo que es un garito,
pero .. en teniendo un traguito,
soy una bala perdida.

CIV

¿Ganas? Pues eres persona
bien educada y decente;
hombre fino, hombre prudente,
y más listo que Cardona.

Tu buen carácter pregona
el que en la calle, ligero
la acera cedes al clero
y á los niños y mujeres;
todo lo cual prueba que eres
un perfecto caballero.

CV

¿Pierdes? Pues ya estás juzgado:
eres un hombre vicioso,
repugnante, y asqueroso,
y grosero, y mal hablado.

Enemigo encarnizado
del trabajo, jugador,
sin talento, ni pudor,
ni dignidad, ni sentido
común; en suma, un perdido
de los de marca mayor.

CVI

Que ate corta á mi mujer
todo el mundo me aconseja,
á ver si la indina ceja
en su actual modo de ser.

Mas yo sé que á mi Pilar
inútil es que se le ate,
porque como no la mate,
ella se ha de desatar.

CVII

Quiso, al verse en la agonía,
una alcahueta ochentona,
confesarse, y Fray Carmona,
presto en su auxilio acudía.

¡Vamos á ver!, le decía,
el sacerdote al oído:
en el sexto, ¿ha delinquido?
Y la anciana humildemente
contestó con voz doliente:
¡Se ha hecho lo que se ha podido!

CVIII

Siempre está alabando Inés
á su hija Consolación;
jamás pierde una ocasión
de decir lo buena que es.

De la cabeza á los pies,
según dicho de su amante
madre, es dechado constante
de bondad... (yo sé de fijo,
que es de las que el diablo dijo
que ya tenía bastante).

CIX

Fuí á visitar á Teodora,
y su criada me dijo:
Está con el padre Urquijo
en su cuarto, mi señora,
y llevan más de una hora
de conversación tirada;
y no se les oye nada,
pues yo me he puesto á escuchar,
y sólo pude notar...
(aquí calló la criada).

CX

Los cuernos dan al principio dolores fuertes y agudos; mas luego, á muchos cornudos les hacen un gran servicio.

¡Vaya un ejemplo! Mauricio, á quien no importa saber que se la da su mujer, pues le da por resultado, que antes iba mal trazado, y hoy va como un sumiller.

CXI

Decía Bruno Garrido
á su amigo Celedonio:
—Yo toda mi vida he sido
un defensor decidido
del lazo del matrimonio.

Por más que en él, á mi ver,
hay algo que debe ser
reformado sin parar,
y es el no poder cambiar
con frecuencia de mujer.

CXII

Si será tonto Javier,
que si por la calle pasa
y le mira una mujer,
cree en su mirada leer
«Pásese usted por mi casa».

CXIII

El día aquel que Librada
se prestó á mi amante ser,
me dijo: «Para querer,
yo soy muy apasionada».

Y conmigo, á lo que infiero,
fué cierta su afirmación;
pues le duró su pasión...
tanto como á mí el dinero.

CXIV

Murmuradora es Elena
cual otra no vi jamás;
su mayor placer no es más
que hacer tiras la honra ajena.

Para ella no hay mujer buena
ni reputación segura,
ni doncella casta y pura
que no haya dado que hablar.
¿Qué más? ¡Si por murmurar,
de sí misma ella murmura!

CXV

En casa de don Pascual,
de cuernos se hablaba un día;
y, cosa muy natural,
su opinión la defendía
con viveza, cada cual.

Sólo Blas está callado;
y el pedazo de tarugo,
dijo cuando bien le plugo:
«Yo en la casa del ahorcado,
jamás hablo del verdugo».

CXVI

Con tal de ser tu mujer
—Juana á su novio decía—
á mi no me importaría
tener poco que comer.

Mas se casaron, y al ver
la esposa el hambre que pasa,
poniendo á su dicho tasa,
ya en la semana primera
trató de buscar por fuera
lo que le faltaba en casa.

CXVII

«Se colocan capitales»,
en un anuncio leí;
y yo, pobre incauto, fui
á llevar treinta mil reales.

Dando de honradez señales
me dió el recibo ligero
un señor, que era el cajero,
y luego resultó un pillo;

.....
¡aquél fué el que en su bolsillo
colocó bien mi dinero!

CXVIII

 Mi amigo José María,
 mientras el hombre vivió,
 entre la gente pasó
 por una caballería.

 Y no fué tal, ¡á fe mía!
 Pues no es ningún majadero
 el que sin tener dinero
 come bien sin trabajar,
 y goza sin enfermar,
 y muere anciano y soltero.

CXIX

La víspera de casarse
Blas con Cecilia Muntadas,
á ciertas cosas vedadas
quiso el hombre anticiparse.

Mas cuando llegó á enterarse
su futura suegra, Pía,
dijo á la novia:—¡Hija mía!,
no cedas, porque discurre
que no siendo Blas muy burro,
después no se casaría.

CXX

Blas y Blasa, cuando hay gente,
siempre regañando están;
si están solos, ¡voto á Sán!,
la cosa ya es diferente.

Y sólo de esta manera
tiene recta explicación
que esté Blasa en situación
impropia de una soltera.

CXXI

Podrás engañar, María,
á toda la vecindad,
que es grande tu habilidad
y es mucha tu hipocresía.

Pero es una tontería
que á quien conoce tus mañas
y tus líos y patrañas,
cual yo, que sé que has tenido
cada trimestre un marido,
trates de ver si lo engañas.

CXXII

Sin darse cuenta, á Moncada
se le vió una pantorrilla,
y era tan negra y delgada,
que Irene, al ver tal canilla,
le dijo en broma: ¿Es la hinchada?

Y Moncada, que es muy listo,
y un guasón morrocotudo,
le contestó: ¡Vive Cristo!
La que se me hincha á menudo
es la otra, que aún no me has visto.

CXXIII

Severa casó en Corera
con un viejo setentón;
así que, cuando Severa
dice que se cree soltera,
Severa tiene razón.

CXXIV

¿Conque me debe usted un duro
y estrena usted hoy una capa?,
le dijo Perico Chapa
al sablista Lino Muro.

Y éste hubo de contestar,
aparentando rubor:
¡Es que la capa, señor,
también está sin pagar!

CXXV

Rosa es mujer tan viciosa
cuanto se pueda decir;
mas su esposo, en corregir
se empeña á su esposa Rosa.

Dificililla es la cosa,
sin duda, porque tropieza
con que Rosa es una pieza,
que ella misma ha confesado
que jamás ha contrariado
á su gran naturaleza.

CXXVI

Don Bruno en el Parlamento,
á fuerza de perorar,
pretende el hombre pasar
por orador de talento.

Y no sabe el buen don Bruno
que cuando habla en las sesiones,
palabras, vierte á montones;
pero conceptos... ¡ninguno!

CXXVII

Pide á Dios lo que es factible,
porque es cosa bien probada,
que jamás concede nada
á quien pide un imposible.

Y si pretendes lograr
pronto lo que te propones,
Fabio, te he de aconsejar,
que unas á tus oraciones
la constancia en trabajar.

CXXVIII

¡Por Dios!, ni en verso ni en prosa
escribas, amigo Abdón,
que tú, tendrás vocación,
mas no tienes otra cosa.

Ya hay ocupación honrosa
que te puede convenir,
y donde puedes lucir;
pongo por caso, torero,
bailarín ó zapatero,
pero... ¡por Dios!, ¡¡escribir!!

CXXIX

Decía el doctor Ferrisa
á una enferma desahuciada:
«Usté está enferma, Librada,
porque vivió muy deprisa».

Y ella contestó al compás
de una tos que daba horror:
¡Ojalá, señor doctor,
hubiese corrido más!

CXXX

El Gobierno ha presentado
la dimisión. ¡Va á caer,
porque en el Congreso ayer
ha salido derrotado!

Y ahora, ¿quienes subirán?
—le pregunto con afán
á uno que ya ha dimitido;
y dice, dando un bufido:
—¡Ahora quien sube es el pan!

CXXXI

Muchos novios has tenido
y á ninguno has enganchado;
y luego, Irene, he sabido,
que si te han abandonado
es porque te han conocido.

Así, pues, si has de coger
marido, tienes que ser
un poco más avispada,
y hasta no verte casada,
no dejarte conocer.

CXXXII

Dice Job, santo varón,
con un criterio profundo,
que el hombre vive en el mundo
en perpetua tentación.

Y por eso doña Rita
—que es una hermosa viudita—,
cuando la tienta el demonio,
acude á fray Celedonio,
y la tentación le quita.

CXXXIII

Clara, la mujer de Alber,
que se afeita es evidente,
pues le sale hasta en la frente
pelo, á la pobre mujer.

Y al hablar esto hoy de Clara,
me decía su marido:

—¡Tan peluda la he cogido,
que como no se afeitara...!

GXXXIV

Fuí á visitar á Lucía,
y la muchacha accedió
en el acto, á cuanto yo
le dije que pretendía.

Bien facilmente, en verdad,
cuanto pretendí logré;
pero, ¡ay!, bien cara pagué
aquella facilidad.

CXXXV

Dos mozos á un tiempo ayer
solicitaron á Blasa,
y al verlos juntos en casa,
no se atrevió á resolver.

Y para que no haya líos
si al uno ú otro elegía,
les dijo así: ¡Voto á bríos!
Por mi gusto, amigos míos,
con los dos me quedaría.

CXXXVI

Dijo el anciano Fabián
á su tormento adorado:
—En hallándome á tu lado
me pones hecho un volcán.

Y ella con tono zumbón
y truhanescos ademanes,
contestó así al setentón:
—¡Es que todos los volcanes
no se hallan en ignición!

CXXXVII

A su novia Inés, Picazo
pidió un beso el primer día;
al segundo, ya pedía
á más del beso, un abrazo.

Y así, pidiendo el pelmazo,
catequizó á la mujer;
pues por lo que pude ver
que al fin y al cabo salió,
á cuanto el novio pidió,
la novia debió acceder.

CXXXVIII

A casa de Encarnación
llevaron antes de ayer
el padrón; y la mujer,
donde dice «Profesión»,
nada se atrevió á poner.

Pues aunque nunca procura
ocultarla, que es un mito
pudor en ella y cordura,
el ponerla por escrito,
fuera ya mucha frescura.

CXXXIX

Nunca pude imaginar
que yo llegaría á ver
en el mundo una mujer
tan mala cual tú, Pilar.

Mas, me hube de equivococar;
porque tu hermana Benita,
que es como tú de bonita,
y como tú de graciosa,
en eso de escandalosa
te deja á ti, tamañita.

CXL

En la tertulia de Rada
decía un tal Juan Antonio,
que la cruz del matrimonio
para él era muy pesada.

Y al oírle así expresar,
le contestó Blas del Río:
¡Y eso que á ti, amigo mío,
te la ayudan á llevar!

CXLI

Anoche fué conducida
á la prevención, Bibiana,
una chica gaditana
de esas que alegran lá vida.

¿Por qué te traen detenida?,
le preguntó, echando un ajo
el comisario Carbajo;
y ella, encendiendo un pitillo
que sacó de su bolsillo,
dijo: ¡Por buscar trabajo!

CXLII

Tan blasfemo es Paco Ariza,
que cuando se descompone,
para blasfemar se pone
la dentadura postiza.

CXLIII

Para sacarle tres duros
al avaro Navaridas,
más de tres horas seguidas
le estuvo hablando Juan Muros.

Ya los creía seguros
Juan, los tres duros, á fe;
mas se aplana cuando ve
que después de tanto hablar,
Navaridas echa á andar,
diciendo: ¡Dispense usté!

CXLIV

Tiene una sobrina Blasa,
que es una chica preciosa;
una chica apetitosa
para un señor de su casa.

Y no sé qué diablos pasa
á Blasa, con su sobrina,
que en la casa no hay vecina
que no asegure formal,
que con sobrinita tal,
la Blasa tiene una mina.

CXLV

Si alguno de ti, Lucía,
lo que debiera no hablara;
si hubiera quien mancillara
tu honor, en presencia mía.

Si algún nacido diría
que tú en alguna ocasión
pegaste algún tropezón
porque te valió dinero,
le diría: ¡Caballero!...
¡tiene usted mucha razón!

CXLVI

¡Eso es trasteo ceñido!,
gritó Juan desde el tendido,
al ver los lances de capa
que daba el torero «El Chapa»
á un berrendo de sentido.

Y una chula desahogada
que está sentada detrás
del que gritó, dijo airada:
¡Yo soy una aficionada,
y me ciño mucho más!

CXLVII

Todo el que apunta con puerta,
merece una cabezada;
ahora bien, si las acierta,
por ser persona despierta,
merece... comer cebada.

CXLVIII

Timoteo, que es muy feo,
tiene un hijo que es precioso;
y se halla tan orgulloso
con tal hijo, Timoteo.

Que queriendo ponderar
la hermosura de su crío,
suele á menudo exclamar:
¡No habrá nadie en el lugar
que diga que es hijo mío!

CIL

¡Oh, infinita variedad
de escritores majaderos!

¡Oh, vates de craneos hueros,
que infestáis la sociedad!

¡Oh, autores de vecindad,
de cacumen infecundo!

¡Oh, plantel nauseabundo
de sabios boquifruncidos!

¡Oh, genios mal comprendidos,
de vosotros es el mundo!

CL

«Baile usted de otra manera
más decente y decorosa»,
dijo á un chulo, Sinforosa,
al bailar una habanera.

«Eso es lo que yo quisiera
—contestó el chulo, ofendido;—
pero en mi vida he podido
bailar con una mujer
que me guste, sin perder
cuando la bailo, el sentido».

CLI

Un drama escribió Carasa
titulado «El Lupanar»,
creyendo que iba á llorar
al verlo, el público en masa.

Porque el autor apremió,
se ensayó el drama deprisa;
y el día que se estrenó,
el público que lo vió
se desternilló de risa.

CLII

Lo mismo que una duquesa
que grandes rentas percibe,
vive la hermosa Teresa,
y á todos causa sorpresa,
de qué mil demonios vive.

Porque su casa, asegura
que hombre alguno no la huella,
ni que la huella procura;
(excepción de un señor cura
que dice que es tío de ella).

CLIII

Decía anoche Gaspar:
tan hermosa es mi mujer,
que si se fuera á vender
no se podría pagar.

Y no le quise quitar
esa ilusión al marido,
porque si hubiera querido,
le hubiese dicho al bobera:
su mujer, siendo soltera,
qué precio había tenido.

CLIV

Conrada dió á luz un hijo
tan robusto como hermoso,
y al decírselo á su esposo,
cuentan que el marido dijo:

«Ni me alegro ni me aflijo
porque mi esposa Conrada
haya parido, pues nada
me importa, ¡por vida mía!
¡Como que yo ni aun sabía
que estuviese embarazada!»

CLV

«En este establecimiento se presta al cinco por ciento sobre ropas en buen uso.»

Esto leí, y al momento fui á empeñar mi gabán ruso.

Mas se me helaron los pies, cuando un prestamista hurraño me dijo: que el interés del cinco, no era por año, sino que el cinco era al mes.

CLVI

Locura bien singular
es la que tiene Simón,
al pretender encontrar
la manera de hermanar
la ciencia y la religión.

Pues la ciencia es una cosa
demostrable y material,
y la idea religiosa,
una noción vagorosa,
de orden sobrenatural.

CLVII

Uno dijo la verdad,
y por decirla le ahorcaron;
en cambio, á los que negaron,
pusieron en libertad.

Que siempre la humanidad
fué de tan vil condición,
que nunca da su perdón
al espíritu elevado;
mientras que al bajo y malvado,
concede su protección.

CLVIII

Luz, toda su vida ha sido
mala mujer; pero han ido
á su pueblo unas misiones,
y aquellas predicaciones
tanto en ella han influido,
que hoy Luz de enmendarse trata,
poniendo á sus vicios coto;
(por más que asegura Mata,
que ésta pronto rompe el voto
y vuelve á sacar la pata).

CLIX

Todas las mañanas viene
á despertarme Lucía,
y ¡quiera Dios que algún día
mi despertar no le pene!

Pues ni yo mismo sabré,
como Lucía es tan bella,
lo que haré un día con ella.
(¡Mejor dicho, sí lo sé!)

CLX

¿Por qué no tratas de ver
si enganchas á don Quirico,
que es un solterón muy rico,
que anda buscando mujer?

Así dijo don Javier
á su sobrina Fortuna,
la cual contestó: «Tontuna
es hablarle á ese de bodas,
porque él, aunque busca á todas,
no es para casar ninguna».

CLXI

Dice un doctor: ¡La sangría
es la indicación primera!,
y exclama el de cabecera:

¡No se hará, por vida mía!

¡Pues bañarlo en agua fría!,
propone un doctor novato;
y el enfermo, al poco rato,
grita entre acervos dolores:
¡Siempre seré yo, señores,
quien venga á pagar el pato!

CLXII

Se quejaba anoche Emilia
de que lleva de casada
tres años con Juan Moncada,
y aun no ha tenido familia.

Y cuando Emilia acabó
de hablar, y á mí se acercó,
le dije yo con afán...

.....
(Ustedes ya supondrán
lo que le diría yo.)

CLXIII

Antes de anoche, Simón,
fué á casa muy á deshora,
y al oirle su señora,
le llamó á su habitación.

«¡Di, pedazo de bribón!

—le dijo su esposa Inés—

¿Te has fijado en la hora que es?

Y él para que se reporte...

.....
(¿Hay alguno á quien le importe
saber, qué pasó después?)

CLXIV

Aun no se ha casado Elena,
y embarazada está ya;
y hoy le he dicho: ¡Voto va!
¿Quién te ha puesto así, morena?

Y la pobre chica, que
creo que nunca ha mentido,
contestó: ¡Esto me ha salido
de un susto que me llevé!

CLXV

Pide—si te has de casar,—
á Dios que te dé mujer,
que en las luchas del placer
sepa el pudor conservar.

Porque si te llega á dar
una, que aunque sea bella,
de todo pudor la huella
pierde en la lucha amorosa,
por su condición rijosa
te cansarás pronto de ella.

CLXVI

Dice mi amigo Javier,
que el lazo del matrimonio
Dios no lo ha podido hacer;
sino que lo ha hecho el demonio,
á ruegos de la mujer.

CLXVII

Parece lo natural
que el marido deba ser
quien matenga á su mujer,
y sin embargo, no hay tal.

Pues á Ceferino Acial,
que es un solemne bandido,
muchas veces le he oído
decir, que desde la hora
que se casó, su señora
es la que le ha mantenido.

CLXVIII

La cuñada de Baeza,
que es el mismísimo demonio,
sostiene con entereza
que ella, por naturaleza,
es opuesta al matrimonio.

Y al oírla un tal Gaspar,
que es el gallo del lugar,
me dijo á mí sonriendo:
¡De lo que esa está diciendo,
no habría poco que hablar!

CLXIX

Le dije un día en Granada
á la cortesana Pura:

«Tú eres una criatura,
y estás ya muy aviejada».

Y ella, con voz afligida,
me hubo así de responder:
¡Es que el vivir del placer,
acorta mucho la vida!

CLXX

—Dígame usted, don Damián:
¿Que haré con mi hijo Severo,
que es el mayor majadero
que come en el mundo pan?

Los libros miedo le dan
y al trabajo tiene horror,
y de cultura, señor,
está lo mismo que un mulo:

—Pues, hija, siendo tan nulo,
dedíquelo usted á escritor.

CLXXI

Pretender ser Tenorio, siendo abuelo,
es querer calentarse con el hielo.

CLXXII

La viuda doña Dativa
estar casada soñó,
y ¡oh, fuerza imaginativa!,
al noveno mes parió
una criatura viva.

Y caso tan sorprendente,
asombró á toda la gente,
menos al doctor Arpal,
que estuvo al parto presente
y lo halló muy natural.

CLXXIII

Por el crítico Semprún,
esta fosa está ocupada;
su vida fué una cruzada...
contra el sentido común.

CLXXIV

Hoy, mi doncellita Luz,
un delantal ha estrenado,
en cuyo centro ha bordado
una magnífica cruz.

Y al vérselo puesto Pablo,
me ha dicho á mí: Fíjate,
que cierto es aquello de
«detrás de la cruz, el diablo».

CLXXV

No abrigues la pretensión
de que me case contigo,
que una cosa es ser tu amigo,
y otra tu esposo, Asunción.

Y fuera mi situación
ridícula en alto grado,
si después de lo pasado
viniera yo á recoger
para mi propia mujer,
mujer que otros han dejado.

CLXXVI

¿Por qué ahora que está casada
persigues tanto á Severa,
y cuando estaba soltera
jamás le decías nada?

Así á mi amigo Cuadrado
le pregunté anoche yo,
y el chico, que es desahogado,
sin parar me contestó:
¡Pues por el cambio de estado!

CLXXVII

A la aduana de Ilo-Ilo
fué empleado Juan Bellota;
al ir, fué el hombre hecho un hilo,
y ha vuelto hecho una pelota.

Y yo, al ver cuanto ha engordado
en lo poco que allí ha estado,
exclamé así: ¡Si habrá sido
que este hombre se habrá cebado
comiéndose su apellido!

CLXXVIII

Viendo don Simplicio Canto,
lo mucho que padecía
su mujer, cuando paría,
á mares vertía el llanto.

Al ver que lloraba tanto,
se incomodó su señora,
y le dijo: ¡Tú, á esta hora
llorar, no tiene disculpa!
¿Acaso es tuya la culpa
de lo que yo sufro ahora?

CLXXIX

Comiendo del presupuesto
se pasó toda su vida,
y apenas la edad cumplida
se jubiló don Modesto.

Analfabeto indigesto
y entendimiento picol,
á misa va, toma el sol
y habla del Gobierno mal.
(Este es el tipo ideal
de todo el pueblo español.)

CLXXX

Dijeron unos horteras
á la sobrina de Angulo:
¡Niña, con qué disimulo
se abulta usted las caderas!

Y ella, con mucho salero,
les contestó de este modo:
¡En este comercio, todo
es del propio cosechero!

CLXXXI

En Medina de Pomar
un boticario enfermó,
y tan grave llegó á estar,
que al fin y al cabo murió
sin poderlo remediar.

Y lo bueno es, que á Librada,
su esposa, decía á cada
momento el enfermo: ¡Chica,
de lo que hay en la botica,
á mí, que no me den nada!

CLXXXII

El verdugo Nicanor,
siempre que á alguno escribía,
antes de firmar, ponía
su seguro servidor.

Un día escribió á Juan Muela,
y éste que la frase vió,
sin parar le contestó:
¡Vaya y sirva usted á su abuela!

CLXXXIII

Murió, no sé en qué lugar,
de una pulmonía aguda
un escribano, y su viuda,
de llanto vertía un mar.

Tanto me llegó á afectar
el verla tan compungida,
que le dije: ¡Por mi vida,
á ser tu esposo me ofrezco!
Y contestó: Lo agradezco,
estoy ya comprometida.

CLXXXIV

Así... como por descuido,
Juana me dió un pisotón;
y yo, al verle la intención,
le dije á Juana al oído:

Hoy me encuentro alicaído,
y no estoy en condiciones
de hacer lo que me propones.

.....
.....
(Por lo demás, sabes, Juana,
que cuando yo tengo gana,
no hacen falta pisotones.)

CLXXXV

Pocos con su trabajo se hacen ricos;
y sinó, que lo digan los borricos.

CLXXXVI

A la persona que en todo
es correcta y decorosa,
la canalla encuentra modo
de salpicarla de lodo,
con la calumnia asquerosa.

Calumnia, que no hace herida,
pero acibara la vida;
á menos que el calumniado
esté tan equilibrado
que la perdone en seguida.

CLXXXVII

Juan es viejo, y su mujer,
que es joven y que es bonita,
con el comandante Anguita
se fugó de casa ayer.

Y al decir Juan, desolado,
¡mi mujer se me ha perdido!,
le dijo un chusco al oído:
¡Alguno se la habrá hallado!

CLXXXVIII

Porque un tacto algo liviano
tuvo con Tirso, Juanita,
meter en agua bendita
le hizo el confesor, la mano.

Castigo tan chabacano,
contó Juanita al momento
á otra niña del convento,
que al oirla, dijo así:
¡Pues si me confiesa á mí,
me manda un baño de asiento!

CLXXXIX

Desde un altísimo tejado
cayó á la calle Bargosa,
y al decir uno á su esposa
«tu marido se ha estrellado»,
le contestó la mujer,
con asombrosa frescura:
¡Cayendo desde esa altura,
qué había de suceder!

CXC

En todo tiempo y lugar
que veas juntos andar
á un hombre y á una mujer,
bien puedes asegurar,
que él lleva la de perder.

CXCI

Igual que sucede hoy día
sucedió siempre en el mundo;
hay quien goza nombradía
de ser un sabio profundo,
siendo una caballería.

Y es que, en mi larga experiencia,
he visto con evidencia
que en el mundanal belén,
tanto el Arte, cual la Ciencia,
tienen sus cucos también.

CXCII

Tanto es lo que le molesta
que le pregunten la edá
que tiene, á doña Modesta,
que ella, por toda respuesta
da media vuelta y se va.

CXCIII

A los diez y siete y pico
casó Inés con un vejete;
ella era de rechupete,
el viejo, asqueroso y rico.

Dió en visitarlos Perico,
que era el gallo del lugar,
y tanto llegó á intimar
con ellos, que resultó,
que al fin y al cabo pasó
lo que debía pasar.

CXCIV

Dice Juan, que su señora
es una mujer decente,
económica, prudente,
callada, trabajadora,
modesta, caritativa,
afable y de buenos modos,
y lo mismo opinan todos
(volviéndolo por pasiva).

CXCXV

¡Que está ardiendo la alcaldía!
¡Que á un hombre han asesinado!
¡Que en un comercio han robado!
¿Dónde está esa policía?

.....

¡Está donde debe estar:
ó en el burdel de la Elena,
ó cobrando la quincena
de las timbas del lugar!

CXCVI

Si será desvergonzada
mi antigua novia Dolores,
que dice, la descarada,
que yo le debo favores
que no se pagan con nada.

Cuando en cuestión de querer,
ella, que es un mercader,
sabe positivamente,
que el que paga de presente,
no queda nada á deber.

CXCVII

Decía doña Bibiana
á su sobrino Donato:
El colmo es el celibato
de la perfección cristiana.

Y él, con mucha donosura
contestó: querida tía,
más perfecto es todavía
que ser célibe, ser cura.

CXCVIII

Es cosa que me divierte,
ver que un hombre sano y fuerte
pase toda su existencia,
pidiendo á la Providencia
que le dé una buena muerte.

Cual si del Supremo Ser
fuera el único quehacer,
estarse todos los días
oyendo las tonterías
que le van á hacer saber.

CIC

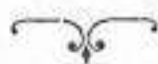
La previsión es acción
en mi compadre Gimeno;
como que, por previsión,
siempre que tiene ocasión,
se guarda el dinero ajeno.

CC

Si no existieran ladrones
ni usureros indecentes;
ni tahures impudentes
ni asquerosos maricones.

Ni alcahuetas, ni lenones
de conciencia corrompida,
ni tanta mujer perdida,
ni tanto marido vil,
ni tanto escritor cerril...
¡qué sosa fuera la vida.!

ACABÓSE LA IMPRESIÓN DE ESTOS
EPIGRAMAS, EN MADRID, EN LA
IMPRESA DE ARAHUETES Y BELLO
CAÑIZARES, 18, Á 23 DÍAS DEL MES
DE FEBRERO DE 1909





EL BACHMUR

KAFACI

R

9441